

que había de hacer. Respondióle Felipe: *Doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno de ellos tome un bocado. Dícele uno de sus discípulos, Andrés, hermano de Simón Pedro: Aquí está un muchacho que tiene cinco panes de cebada, y dos peces: mas ¿qué es esto para tanta gente? Pero Jesús dijo: Haced sentar á esas gentes. El sitio estaba cubierto de yerba, Sentáronse pues cerca de cinco mil hombres. Jesús entonces tomó los panes: y después de haber dado gracias á su Eterno Padre, repartiólos por medio de sus discípulos, entre los que estaban sentados; y lo mismo hizo con los peces, dando á todos cuanto querían. Después que quedaron saciados, dijo á sus discípulos: Recoged los pedazos que han sobrado para que no se pierdan. Hicieronlo así, y llenaron doce cestos de los pedazos que habían sobrado de los cinco panes de cebada, después que todos hubieron comido. Visto el milagro que Jesús había hecho, decían aquellos hombres: Este sin duda es el arcan Profeta que ha de venir al mundo. Por lo cual conociendo Jesús que habían de venir para llevárselo por fuerza, y levantarle por rey, huyóse él sólo otra vez al monte."*

Este cariñosísimo rasgo de la admirable bondad de nuestro divino Salvador con aquellas turbas hambrientas, pinta bien á las claras, amadísimos Hermanos é hijos Nuestros, la amorosa providencia de Dios nuestro Señor en favor de todas las creaturas, y el especial cuidado que tiene de los pobres, hijos suyos predilectos. Muchos siglos hace que nos lo viene recomendando por Moisés en el libro del Deuteronomio: "*Como el águila incita á volar á sus polluelos extendiendo las alas y revoloteando sobre ellos; así el Señor extendió sus alas sobre su pueblo, y le tomó y transportó sobre sus hombros.*" Esta forma suavísima de paternal cuidado en beneficio de los pobres, aparece todavía más expresiva en aquellas cariñosas palabras, con que por el inspirado Profeta de las Lamentaciones nos anima á confiar en El: "*¿No es Efraim para Mí el hijo querido, el niño que yo he criado con ternura? Desde que yo le he hablado, le traigo siempre en la memoria; por eso se han conmovido por amor suyo mis entrañas. Y tendré para él entrañas de misericordia, dice el Señor.*" Estas palabras tan tiernas nos dan de alguna manera la medida de lo mucho que ama á los pobres Dios Nuestro Señor. El amabilísimo Jesús los prefiere aun antes de nacer, pues quiere ser concebido de una Virgen pobre; y al venir al mundo é iluminarle con los esplendores vivísimos que no siempre puede ocultar su divina

grandeza, aunque tan humillada, los pastores son llamados á adorarle antes que los reyes; y treinta y tres años después, poco antes de dar principio á su dolorosa Pasión para entrar divino triunfador en el Empíreo, no es tampoco á los ricos, sino á los pobres Apóstoles á quienes honra con aquel acto de humillación inefable é incomprendible de lavarles y besarles los piés.

Este amor de nuestro Divino Maestro hacia los pobres deben imitar los ricos, favoreciéndoles con sus limosnas. Muchas son las bendiciones que están vinculadas á este acto de cristiana generosidad; porque así como el rico proporciona consuelo al pobre con la limosna que le ofrece, así el pobre aceptando esta limosna, es para el rico ocasión de que este practique obras en gran manera meritorias y de que por ellas consiga celestiales gracias. Ved si es maravillosamente fecunda la limosna. Sólo Dios Nuestro Señor por su amorosísima y sabia providencia pudiera haber inventado esta misteriosa y necesaria correlación, depositando en las manos de los ricos tesoros temporales para los pobres, y en las de éstos espirituales riquezas para los ricos. Y así se explica que éstos al dar limosna, resulten en realidad los más favorecidos. Contemplad al santo Patriarca Abraham correr al encuentro de los peregrinos que cruzan por las inmediaciones de su tienda, y ved con qué interés, con qué amabilidad y cortesía los saluda y ante ellos descubre su venerable cabeza, invitándolos á descansar en su casa y pidiéndoles con instancias le concedan la gracia de aceptar un cubierto en su mesa y le permitan que les lave los piés. A primera vista parece que ellos deberían ser los que desplegasen todas esas atenciones é interés en pedir hospitalidad; y sin embargo, no es así. Aleccionado por Dios, entendía muy bien este venerable Patriarca que no es tanto el pobre el que debe mostrarse agradecido por los obsequios que se le prestan, como el rico, que en prestarlos recibe especial beneficio haciéndose acreedor á grandes premios.

Ricos y pobres son amados de Dios, y en la conservación de unos y otros brilla su amorosa Providencia. "*Se encontrarán y se necesitarán mutuamente el rico y el pobre: á entrambos los ha criado el Señor,* dice el Espíritu Santo en el sagrado libro de los Proverbios; palabras muy significativas, que el sabio comentarista Lyrano interpreta así: "Dios hizo al pobre para que tenga la virtud de la paciencia, y al rico para que socorriendo al pobre,



tenga el mérito de la misericordia." Y añade San Agustín: "Quiso el divino Jesús que los pobres careciesen, pero por nuestro bien; á todos cuantos pobres veis pudo el Señor alimentarlos, como por medio de un cuervo dió de comer á Elías; pero cuando quiso que éste fuese alimentado por la viuda, después que se hubo retirado el cuervo, esto no lo hizo en favor de Elías, sino de la viuda. Así, pues, cuando Dios forma á los pobres, por lo mismo que quiere que no tengan riquezas, prueba á los ricos, según está escrito por el Espíritu Santo." Pobres y ricos tenemos un mismo Padre, que es Dios, al cual diariamente pedimos el pan del alma y el alimento del cuerpo con aquellas preciosas palabras que El mismo nos enseñó á pronunciar: "*El pan nuestro de cada día, dánosle hoy.*" Para unos y otros hizo brotar de los abismos de la nada esas embelesadoras maravillas que contemplamos en el universo; por el pobre y por el rico pagó con muerte afrentosa en el Calvario la inmensa deuda, que por el pecado había contraído el hombre con la Divina Justicia; y sobre los ricos y los pobres derrama en abundancia los ricos tesoros de su gracia poderosísima, que tan sorprendentes y saludables transformaciones produce en nuestras almas. "Si alguna diferencia hay, dice San Juan Crisóstomo, es que el pobre, á quien tantos menosprecian, es amigo de Dios y miembro místico de Jesucristo, mientras que el rico menospreciador es anatematizado por Dios, como hombre á quien es casi imposible salvar, que recibe su recompensa en esta vida y que aun en ella debe esperar los mayores males, si no emplea con cristiana discreción sus bienes."

Ha decretado el Señor en favor de los pobres lo que no han podido inventar jamás los amadores de la soñada igualdad sobre la tierra. Como que todos los hombres somos hijos de Dios y como á Padre diariamente le invocamos, no se olvida de nuestras necesidades, sino que en virtud de su dominio soberano manda á los ricos que "*de lo mismo que ellos tienen en abundancia alivien la indigencia de los pobres,*" como dice el Apóstol San Pablo escribiendo á los fieles de Corintio, condenando de antemano con esta ley previsorá y sapientísima el escandaloso fausto de los ricos, y previniéndoles que como buenos administradores cuiden de que nada de lo necesario falte jamás á los pobres. Y dá de esto la razón diciendo que quiere que haya entre unos y otros proporcionada *igualdad*. ¡Bondad adorabilísima de Dios Nuestro

Señor, que en el extenso gobierno de tantas y tan diversas criaturas no se olvida jamás del que sufre, y aplica en favor suyo la poderosa influencia de su divina ley, mandando que del pobre cuide con paternal providencia el rico, y advirtiéndole á éste, antes de que sensiblemente se lo haga conocer la desgracia, que el uno y el otro son *iguales*! ¡Ah! ¡Si los ricos se penetrasen bien de la importante significación de esta palabra! Al conocer por una parte la irrevocable voluntad de Dios, que tiene poder altísimo para hacerse obedecer, y por otra, al considerar que mañana pueden llegar á ser pobres, y tal vez con la agravante circunstancia de no haber sido buenos ricos, se convencerían, sin sin duda, de la imprescindible necesidad de hacer participantes á los pobres de las riquezas temporales que solo con esta condición ha depositado en sus manos el Dador de todos los bienes, recordando de paso cuántos más poderosos que ellos han caído en la desgracia viéndose precisados después á llorar en sí mismos con lágrimas de tardío arrepentimiento el cruel abandono en que ellos mismos habían tenido á los pobres en los días de su opulencia.

Meritoria es, y muy santa, la virtud de la caridad, que nos excita á la limosna en beneficio de los menesterosos, y sólo por amor de Dios, que es el que inspira la verdadera caridad. "*Revestíos de entrañas de compasión,*" decía por S. Pablo á los fieles de Colossas el Espíritu Santo; recomendación tiernísima que así comenta S. Juan Crisóstomo: "No dice simplemente: "Compadecéos," sino "Revestíos," de tal manera que así como tenemos siempre puesto el vestido, así permanezca siempre en nosotros la virtud que excita á la limosna. Y fijémonos en que dice: "Entrañas de compasión," porque esa compasión ó misericordia debe proceder del amor de Dios. El es el que nos manda hacer la limosna, y El es el que ha de premiarla. A esto nos excita su amor, que es el único que puede inspirar sentimientos de verdadera compasión hacia el prójimo: por eso nos dice el Evangelista San Juan en la primera de sus Cartas: "*Quien tiene bienes de este mundo, y viendo á su hermano en necesidad, cierra las entrañas para no compadecerse de él, ¿cómo es posible que resida en él la caridad de Dios?*" Estado sobre toda ponderación felicísimo será aquel que con su limosnas hayan conquistado los ricos temerosos de Dios, cuando el divino Jesús les diga, como nos indica en



el Evangelio de S. Mateo: "Venid, benditos de mi Padre, á tomar posesión del reino celestial, que os está preparado desde el principio del mundo. Porque yo tuve hambre y me disteis de comer: tuve sed, y me disteis de beber: era peregrino y me hospedásteis: estando desnudo me cubristeis: enfermo, y me visitásteis: encarcelado, y venisteis á verme y consolarme . . . Siempre que lo hicisteis con alguno de estos mis más pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis." ¡Qué mayor dignidad puede concebirse en un hombre, que la de que en él quiera estar representado todo un Dios, de manera que tome como hechos á Sí mismo los servicios que al otro se le hagan? Pues esta dignidad altísima es la del pobre, y debemos constantemente reconocerla para acrecentar con los socorros que le ofrezcamos, los premios amplísimos que el Señor solemnemente promete á los que en su nombre favorezcan al menesteroso. Porque Dios, que es nuestro Padre, ha formado al hombre para su gloria, y quiere que el rico haga de alguna manera sus veces en la tierra socorriendo al pobre, como entre otros muchos mandatos lo expresa abiertamente en el sagrado libro del Deuteronomio: "Por tanto, te mando que alargues la mano á tu hermano menesteroso, y pobre, que mora contigo en tu tierra." Y tan lejos está de acumular bienes sobre los ricos para que éstos gocen de ellos sin repartirlos entre los necesitados sus hermanos, que de su voluntad soberana en favor de los pobres, y de su terrible indignación contra los ricos que se olvidan de los indigentes, como si solo para ellos fuesen los bienes que han recibido de la mano liberabilísima de su Dios, son elocuente testimonio aquellas palabras que, dirigidas por Cristo Nuestro Señor á los judíos, nos recuerda el Evangelista San Lucas: "¡Ay de vosotros los ricos! Porque ya tenéis vuestro consuelo en este mundo."

Olvidados de su propia miseria, que nunca llegarán á conocer bastante, no faltan infelices presuntuosos que, imaginando tal vez en un arranque de febril orgullo ser de distinta naturaleza que los pobres, y olvidando el incalculable beneficio que les ha dispensado el Señor al librarlos de los penosos azares de una pobreza, que por su inmortificación y falta de virtud no hubieran podido soportar, llevan su inconsideración é insana soberbia hasta el grado de menospreciar á los indigentes. A estos desgraciados, se refiere sin duda San Juan Crisóstomo cuando dice: "Si te avergüenzas de los pobres, debes avergonzarte de pertene-

cer al gremio de los discípulos de Jesucristo y renunciar á honrarte con el carácter de cristiano; porque la vida de este Dios fué siempre una vida pobre y laboriosa. Nace en un establo, pasa por hijo de un artesano, no tiene donde reclinar su cabeza, y los oprobios y las humillaciones constituyen su herencia y todas sus riquezas. Si te avergüenzas de los pobres, debes mirar con menosprecio á los Apóstoles, que entresacados de la clase más humilde no tenían oro ni plata, y pasaron sus días en la indigencia y en el trabajo. No debes, pues, invocar á los Santos, ni llevar su nombre, ni postrarte ante sus imágenes; porque es innegable que la mayor parte de ellos nacieron de padres oscuros, y solo les tocaron en herencia los bienes de la gracia y las riquezas del cielo."

¡Ah! No permita el Señor, amadísimos Hermanos é hijos Nuestros, que nos avergoncemos de nuestro noble carácter de cristianos. Amemos por Jesucristo Nuestro Señor á los pobres, y grabemos en el corazón esta divina sentencia del libro de los Proverbios: "Quien se compadece del pobre, da prestado al Señor, y este se lo pagará con sus ganancias."

## V.

En este Domingo de Pasión, que es el quinto de la santa Cuaresma, ofrece á nuestra meditación la Iglesia Católica, nuestra Madre, este tristísimo pasaje de la admirable vida de Cristo Nuestro Señor, según lo refiere el Evangelista San Juan:

"En aquel tiempo decía Jesús á las turbas de los judíos: ¿Quién de vosotros me convencerá de pecado? Pues si os digo la verdad, ¿por qué no me creis? Quien es de Dios, escucha las palabras de Dios. Por eso vosotros no las escucháis, porque no sois de Dios. A esto respondieron los judíos diciéndole: ¿No decimos bien nosotros que tu eres un samaritano, y que estás endemoniado? Jesús les respondió: Yo no estoy poseído del demonio, sino que honro á mi Padre y vosotros me habéis deshonrado á Mí. Pero yo no busco mi gloria: otro hay que la promueve, y él me vindicará. En verdad, en verdad os digo: que quien observare mi doctrina, no morirá para siempre. Dijeron los judíos: Ahora acabamos de conocer que estás poseído de algún demonio. Abraham murió y murieron también los Profetas, y tu dices: Quien observare mi doctrina no morirá eternamente. ¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Abraham, el



cual murió, y que los Profetas, que asimismo murieron? Tú ¿por quién te tienes? Respondió Jesús: Si yo me glorifico á Mi mismo, mi gloria, diréis, no vale nada; pero es mi Padre el que me glorifica, aquel que decís vosotros que es vuestro Dios, vosotros, empero, no le habéis conocido. Yo sí le conozco. Y si dijere que no le conozco, sería como vosotros un mentiroso. Pero le conozco bien, y observo sus palabras. Abraham vuestro padre ardió en deseos de ver este día mio: vióle, y se llenó de gozo. Los judíos le dijeron: Aún no tienes cincuenta años, ¿y viste á Abraham? Respondióles Jesús: En verdad, en verdad os digo, que antes que Abraham fuera criado, yo existo. Al oír esto, cogieron piedras para tirárselas. Mas Jesús se escondió milagrosamente, y salió del templo.”

Increible parece, Hermanos é hijos nuestros amadísimos, que á tal extremo hubiese llegado la maldad y obstinación de los judíos, que se resistiesen á reconocer la divinidad de Cristo Nuestro Señor aun después de tantas y tan estupendas maravillas, que diariamente y por todas las comarcas de Judea y de Galilea venía obrando en testimonio de la celestial doctrina que predicaba. Y á pesar de esta criminal obstinación y de las blasfemias horribles que tenían la temeridad de dirigirle, el pacientísimo y divino Jesús los busca con amorosas ansias deseando atraerlos con eficacia al camino de la verdad. Es esta una pequeña parte de esa monstruosa ingratitud, con que en todos tiempos se ha revelado por desgracia la miseria del hombre; una de tantas páginas de la historia tristísima de la humanidad, en que por correspondencia á los inmensos y continuos beneficios de un Dios, que si es infinito en su grandeza no lo es menos en su misericordia, se registran en número indefinido y con toda su espantosa deformidad ingratitudes, inmoralidad, blasfemias y crímenes bastantes á atraer sobre millones de mundos la cólera justísima de un Dios terriblemente vengador. Y sin embargo, hoy, como entonces, el Corazón Sacratísimo de Jesús continúa llamándonos todavía. Parece como que solo se preocupa de nuestra eterna felicidad, y aun á los más grandes pecadores les dice, como en otro tiempo por medio del Profeta Ezequiel: “Yo juro que no quiero la muerte del impío, sino que se convierta de su mal proceder y viva. Convertíos, convertíos de vuestros perversos caminos; y ¿por qué habéis de morir, vosotros los de la casa de Israel?” Porque “cualquiera que invocare el nombre del Señor, nos

dice por Joel, *será salvo.*” Pero preciso es que la penitencia sea proporcionada al número y gravedad de los pecados, pues no habría equitativa compensación en derramar sólo algunas lágrimas para borrar muchísimas y deformes iniquidades. Por desgracia ¡cuántos hay, que como si quisiesen contrariar por sistema estos amorosísimos designios de la infinita bondad de Dios para con los hombres, se resisten á convertirse á él, y continúan corriendo presurosos por el camino del mal! Una y otra vez les dirige el Señor al corazón aquellas significativas palabras del sagrado libro del Eclesiástico: “No tardes en convertirte al Señor, ni lo difieras de un día para otro; porque de repente sobreviene su ira; . . . .” y viendo con dolor que no hacen caso de estas suavísimas invitaciones, cúmplase al fin, para dar satisfacción á la divina justicia, el tremendo castigo que encierran las últimas palabras de aquel amoroso llamamiento: “y en el día de la venganza acabará contigo.” Cuando burlando los adorables planes de su infinita misericordia, se rebela el espíritu del pecador y se endurece y obstina su corazón, el Señor parece decir á todas las criaturas lo que hace siglos amenazaba ordenar por Isaías: “Embota el corazón de ese pueblo, tapa sus orejas, y véndale los ojos, no sea que con sus ojos vea, y con sus orejas oiga, y comprenda con su mente, y se convierta, y tenga yo que curarle.”

Porque á tal punto llegan algunos en el olvido de la grandeza infinita de nuestro Dios y de la gratitud á que con El están obligados por tantos beneficios recibidos, que aun en sus peticiones se refleja en ellos el espíritu del mundo, como sucedía en épocas muy lejanas con los hebreos en el desierto. Muchos de aquellos infelices habían abusado de la bondad del Señor, y veíanse precisados por lo mismo á padecer el condigno castigo; pero lo extraño era, como dice el Real Profeta, que “cuando Dios hacía en ellos mortandad, entonces recurrían á El.” Y ¿de qué manera? Pidiéndole les proporcionase carne y frutas parecidas á las de Egipto; y este mismo linaje de conversión se notaba en los judíos que poblaban la Palestina en los tiempos de Ntro. Señor Jesucristo; por eso, como cansado ya de sufrir tanta incredulidad y dureza de corazón, les decía más de una vez: “Yo me voy, y vosotros me buscaréis, y vendréis á morir en vuestro pecado.” Además de los impíos que prácticamente no reconocen más Dios que sus satisfacciones y caprichos, y de los pecadores presuntuosos que entre



ingraticudes y maldades de todo género se acercan con inconcebible serenidad al instante decisivo de la muerte, esperando en el eterno sufrimiento de un Dios á quien durante toda su vida han ofendido con abominable crueldad; hay otro género de cristianos que San Hilario llama *fieles ambiguos*, los cuales si por una parte manifiestan algún temor de Dios, y, sobre todo, de sus eternos juicios, que aparecerán clarísimos con terrible majestad después de nuestra muerte, desmienten en mal hora con sus obras esta mezquina profesión de fe. Y es que, incrédulos en realidad, aunque otra disposición parezcan expresar sus labios, entienden á su manera y siempre en provecho de sus desordenadas pasiones la Providencia adorable de Dios Nuestro Señor, y prométense para cuando ellos quieran, tiempo oportuno para escalar el cielo. Lo cual es ciertamente grande insensatez, y mucho más después de la sábia advertencia que se digna hacernos el Espíritu Santo en el sagrado Libro del Eclesiástico: "*Fianzas indiscretas han perdido á muchos que la pasaban bien, y los han sumergido en un mar de trabajos.*" "Tal es, dice San Antonino, el pensamiento con que el pecador se promete muchas veces larga vida, como si de ella estuviese cierto, y resuelve llevar á cabo muchas empresas en el mundo y en favor del mundo, y entre ellas la de arrepentirse." Pero este pensamiento es malo, peor y malísimo. *Malo*, porque usurpa el pecador lo que es propio de Dios, es decir, lo futuro; pues Cristo Nuestro Señor en los Hechos Apostólicos dice: "*No os corresponde á vosotros el saber los tiempos y momentos, que tiene el Padre reservados á su poder soberano.*" San Bernardo contra el que de esta manera presume del tiempo futuro, se expresa así: "*¿Por qué presumes con tanta temeridad del tiempo futuro, miserable, como si el Eterno Padre hubiese puesto los tiempos y los momentos, no en su potestad, sino en la tuya?*" Este pensamiento es *peor*; porque el tiempo es de valor infinito, y Dios se lo ha dado al hombre para su salvación: en cambio él lo gasta con fatuidad, y aun así presume que Dios ha de seguir dándoselo de nuevo. Es *malísimo*; porque el pecador que tales ocasiones de futura conversión se promete para cuando á él le place determinarlas, no solo ha perdido el tiempo que se le había dado, sino que lo ha empleado en ofender á su Creador.

¡Ah! ¡Cuán triste es, Hermanos é hijos Nuestros amadísimos, pensar que es muy crecido el número de los que, olvidados

de la salvación eterna de su alma, se exponen de este modo á perder para siempre sus eternos destinos! ¿Cuántos no serán en estos desdichados tiempos en que imperan con tanto desenfreno la autonomía de la razón y el loco afán de goces materiales? Fácilmente se puede conjeturar, cuando ya en su tiempo se quejaba San Agustín de que eran comparables á la paja, que al ser trillada por el labrador cae del aire y cubre el trigo casi por completo. Y lo más triste es que ya no pretenden ocultar en las tinieblas sus irregularidades y sus crímenes, sino que de ellos llegan á hacer alarde, y aun se atreven á justificarlos. Hoy, como en los tiempos de San Bernardo, bien podemos dolernos de la ingraticud de muchos que aparecen como fieles hijos de la Iglesia. Una contagiosa corrupción se extiende por todo el cuerpo del Catolicismo, tanto más perjudicial cuanto es más interior, y tanto más alarmante cuanto es más universal. Si contra la Iglesia se levantara un hereje declarándole abiertamente la guerra, ella le expulsaría de su seno, y encontraríase seco como el sarmiento arrancado de la vid: si un enemigo público la atacase con violencia, ella obrando con la prudencia de siempre, evitaría su rigor. Pero tratándose de hijos suyos que la hieren de un modo tan artero, ¿á quién ha de expulsar? Pasan por adictos, y conviértense en enemigos; aparecen como confidentes, y son en realidad sus adversarios; tiéneselos por domésticos, y no viven en paz con ella; parecen afectos, y no buscan más que el interés de sus pasiones. La tristeza de la Iglesia es sobremanera amarga al contemplar las costumbres de muchos que se llaman sus hijos: ni puede alejarlos, ni alejarse de ellos. Tanto es lo que se han multiplicado. Su llaga es incurable: parece que tiene paz, y no es paz verdadera; paz respecto de los infieles y de los herejes; pero no respecto de sus hijos; y esto es propiamente lo que hoy la obliga á exclamar: "*He criado hijos y los he engrandecido; pero ellos me han despreciado.*"

Halagados por las satisfacciones de la vida, no piensan en cambiar de conducta ni en satisfacer á Dios por sus culpas pasadas y presentes; porque ilusos esperan con seguridad que lo que cada día se les va haciendo más difícil, dada la soberanía que sobre ellos ejercen las pasiones, al último de la vida se les hará sumamente fácil. Y ¿qué sucederá? Lo que decía S. Agustín: que este sistema es malo y perjudicial; porque nada impor-



ta que un pecador se arrepienta, si no hace penitencia; no bastan los propósitos para purificarnos de nuestros pecados. La satisfacción que estos reclaman, no pide sólo palabras, sino obras. Y ¿cómo podrá hacer penitencia el que se halla próximo á morir? ¡Ah! Penitencia de este género, dice el Santo Doctor, temo que no muera tan bien. Agravan la situación infeliz del pecador los repetidos y amorosos llamamientos, con que se le invita á renacer á la gracia. Fíjanse algunos autores místicos en la funestísima suerte que cupo al desgraciado Judas Iscariote, precisamente en aquel día singularísimo de redención y de gracia, en que el Divino Jesús al morir por el hombre en el Calvario, pide perdón á su Eterno Padre por los mismos que le crucifican, toca con una llamada de amor el petrificado corazón de algunos de sus verdugos, que descienden del sagrado monte hiriendo de arrepentimiento sus pechos, é ilumina con abundantes rayos de su gracia la entenebrecida inteligencia del Buen Ladrón. ¿Como se explica que en un día de tanta misericordia no la haya para el desgraciado Judas? El confiesa su execrable maldad, diciendo que ha pecado entregando la sangre del Justo; restituye lo mal habido, devolviendo á los enemigos de su Divino Maestro los treinta dineros que le habían dado por venderle; y sin embargo, no se convierte. ¿Por qué? Porque había llegado ya por su desdicha á tal grado de obstinación, que no quiso ni aun entonces aprovecharse de la cariñosa invitación de un Dios, que en el exceso de su abatimiento y de su misericordia no se desdenaba de llamarle *amigo* excitándole á convertirse á El. El arrepentimiento de Judas, más que penitencia, sonaba á desesperación. “De nada le aprovechó, dice San Jerónimo, aquella penitencia tardía, con la cual no pudo expiar ya sus maldades . . . Esto es lo que en el Salmo se había vaticinado de él: “*Y su oración sea un nuevo delito.*” De modo que no solo no pudo enmendar el crimen de su traición, sino que á éste añadió el del suicidio.” ¡Tantas y tan cariñosas amonestaciones había recibido del Divino Salvador, sin que por ellas se decidiera á enmendar su vida!

No parece sino que algunos infelices, que en sus maldades, blasfemias, incredulidad y obstinación tantos puntos de contacto tienen con aquellos perversos judíos, que se atrevían á tratar al Divino Jesús de Samaritano y endemoniado, esperan como por milagro una nueva luz en sus inteligencias, más ardoroso

impulso en el corazón, que les proporcionen, como digno coronamiento de sus locos afanes por correr tras un soñado progreso contrario al espíritu del Catolicismo, la ansiada felicidad ó en la triste calma, dulce para ellos, del no ser, ó en los eternos goces que nosotros esperamos, los cuales el Misericordioso Jesús que en el sistema de ellos no sabe más que perdonar, fácilmente ha de concederles por uno de tantos milagros parecidos al del llamamiento misterioso hecho en la Cruz al Buen Ladrón. Pero desengañense estos desgraciados, que, incrédulos siempre, truécense tal vez en demasiado crédulos al fin: *El que no cree, como nos decía el Divino Salvador, ya está juzgado;*” porque si es posible en un incrédulo inveterado llegar á creer, esto no es en verdad lo ordinario; y persistir en la incredulidad hasta el fin, equivale á buscar con empeño la impenitencia final. Y aun respecto de los que creen y con sus malas obras desmienten su fe, esperar por milagro su futura conversión es una soberana insensatez; porque por lo mismo que los milagros son raros, raras son también las conversiones de este género. Háblase mucho de la del Buen Ladrón; pero ésta, dice San Euquerio, más que animar, debe hacer temblar á los pecadores endurecidos, porque Dimas no aplazó su conversión hasta la muerte, sino que se convirtió tan pronto como por un poderoso rayo de su gracia el Señor iluminó su inteligencia y ablandó su endurecido corazón. “Luego la penitencia, dice este Santo, no ha de ser aplazada para la última hora, sino que debe abrazarse en la primera.”

Veamos, amadísimos Hermanos é hijos Nuestros, veamos constantemente sobre nuestro corazón, para arrancar de él desde luego todo aquello que pueda desviarle de su Dios y endurecerlo en el pecado. Animemos con verdadero empeño y con espíritu de sacrificio á todos nuestros hermanos que tengan la inmensa desgracia de vivir alejados de su Dios, á que se conviertan á El sin demora, penetrados de la gravísima significación de aquella divina sentencia: “*No tardes en convertirte al Señor, ni lo diferas de un día para otro; porque de repente sobreviene su ira, y en el día de la venganza acabará contigo.*”

Como prenda de Nuestro paternal amor, os bendecimos afectuosamente en el nombre del Padre, ✠ y del Hijo, ✠ y del Espíritu ✠ Santo.



Esta Carta Pastoral se leerá *intra Missarum solemniam* en todas las iglesias de este Arzobispado en los cinco domingos de la próxima Cuaresma, distribuyéndose su lectura de manera que en cada uno de los cinco domingos oigan los fieles el párrafo que corresponde al Evangelio de aquel día.

Se leerá también en los Colegios y Escuelas Católicas los días que dispongan sus respectivos superiores, y recomendamos su lectura á los fieles que no pudieren asistir á las iglesias cuando haya de leerse.

Dada en México, á los 12 días de Febrero de 1898.

✠ Próspero María,

Arzobispo de México.

Por mandato de S. S. Ilma.

*Dr. Melanio de J. Vázquez,*

SECRETARIO.

✠  
JHS



